

tórtolas diseminadas aquí y allá, fuentes y arroyos por todas partes hacían pensar lo hermosa que es la vida con salud, juventud y amor.

Por lo cuidado de la carretera que más parecía gran calle arbolada de inmenso jardín; por los robustos mozos de honrada y tranquila fisonomía con sus boinas rojas y azules que por aquella caminaban, por la esbelta estatura y cara angulosa de las mujeres, sus trenzas colgando, sus blancos pañuelos en la cabeza, colocados á la usanza gallega en las ancianas y de seda de mil colores rodeando coquetonamente el rodete en las mozas, fácil era adivinar en qué región de España nos hallábamos: en las Provincias Vascongadas.

Vehículos de todas clases marchaban en la misma dirección, desde el faetón de camino guiado por aristocrático cochero hasta la humilde y sencilla carreta del país tirada por lindas y trabajadoras vaquitas, que al son lanzado por los mal combinados ejes iban más de prisa que de costumbre, siempre dentro de su pesado andar. ¡Cuánta animación, cuánta alegría se veía pintada en todos los semblantes y qué poco corrían caballos, mulas y vacas para la impaciencia que de todos nosotros se había apoderado!

¿Dónde íbamos con tal entusiasmo, con tanta prisa, con calor semejante y á las once de la mañana? Si de otra cualquiera provincia de nuestra risueña patria se tratara, diría con seguridad el lector que sólo una corrida de toros ó novillos era capaz de prestar tal fuego de entusiasmo á los españoles; pero en las tres provincias hermanas, aunque las aficiones taurinas existen también, no hay que hablar de plazas donde hay trinquetes, de toros donde está la pelota, ni de toreros que se comparen á sus diestros *pelotaris*. Niños de tela son Lagartijo, Frascuelo, Mazantini y todos nuestros célebres espadas, al lado del Chiquito de Eibar, el Manco de Villabona, Mardura, Elicegui, los hermanos Brau y otros que se disputan la popularidad, el dinero y la simpatía de sus fanáticos paisanos.

Al fin la ligera cestita que nos conducía, se detuvo al par que un sinnúmero de compañeras, y todos descendimos á tierra en una de las calles del pueblo, desierto en medio del día, pues sus moradores, sin distinción de edad ni clase, habían abandonado sus viviendas para acudir presurosos al *frontón*, donde trababan empeñada lucha cuatro hombres de cuyos movimientos más pequeños pendían los suspensos ánimos de apiñadísimo público.

Una fila de sillas, á semejanza de las de un circo ecuestre, de la que apenas se veía el fin, constituía los únicos asientos cómodos de aquella plaza en miniatura, pues las llamadas gradas más parecían escalera para subir al suplicio que localidades para disfrutar de fiesta tan favorita del país. Sin numeración ni acomodadores, el que antes llegaba se hacía dueño del sitio que más desahogado le parecía, y los últimos, de los cuales formábamos parte, quedaban reducidos á estar sentados de medio lado, sobre los pies de los de arriba y sirviendo de blanda almohada á los de abajo. Asientos de preferencia eran los que sólo tenían la ventaja de un pequeño toldo que amortiguase un poco la intensidad de los rayos solares, pero por lo demás, como todos, eran estrechos, duros y mal acondicionados.

Una vez mal ó bien colocados, fijamos nuestra vista, ansiosa de conocer el teatro de la lucha, en el terreno que se extendía ante nosotros.

Era éste un paralelogramo abierto por uno de sus lados, en el cual nos agrupábamos los espectadores; los tres restantes estaban cerrados por muros de 8 á 10 metros de altura, dos paralelos más estrechos, en uno de los cuales se jugaba y otro de mucha mayor longitud á cuya derecha veíanse los protagonistas de la fiesta. En el frontón ó muro de juego situado á Oriente, sólo existía una marca ó *chapa* á un metro ó metro y medio del suelo, para indicar que toda pelota botada por bajo de la señal, era falta. La distancia intermedia entre ambos paredones paralelos hallábase dividida en *cuadros* de 5 á 6 metros de longitud, marcados por gruesas líneas en el muro situado á la izquierda del jugador, excepción hecha de los que hacían el número 3 y 6 señalados en el suelo para los efectos del saque.

Jugaban á *blé*, es decir, en un solo frontón, con unas cestitas largas y encorvadas, sujetas á la mano por un guante de cuero, llamadas técnicamente *chisteras*, y existía la condición llamada habilidad libre. Nadie puede imaginarse lo que esta palabra significa en los partidos de pelota, pues ningún juego conocido goza de privilegio tan extravagante ni de tan *libre habilidad*. Trampa es el significado duro, pero gráfico, de semejante frase, y sin que el contrario se ofenda ni el público proteste se hacen á cada instante, abusando unos de su fuerza para arrojar á considerable distancia la pelota, de modo que le sea imposible alcanzarla al contrario; otros de su cálculo para que lanzada alta venga baja ó inútil sin que el enemigo la logre levantar, y así por el estilo, valiéndose de un sinnúmero de marrullerías de práctico viejo, ó de sutilezas de joven que se vale de la ligereza de sus pies.

Era la vez primera que asistíamos á un partido de esta índole, y á más de la justificada curiosidad que la novedad presta siempre, estimulaba ésta el natural interés del azar, nacido de una pequeña apuesta cruzada en broma y al acaso en pro de dos de los combatientes. Eran éstos jóvenes, ágiles, simpáticos, y después de la impresión agradable que producían en habilidad, su ligereza, su potente fuerza muscular, infundían una profunda lástima al verles cubiertos de sudor, abrasados de sed, rendidos de cansancio.

El público no veía nada de esto y sólo se conmovía á cada falta de los jugadores y á cada número que aparecía para provecho de unos y desesperación de otros en el vistoso marcador rojo y gualdo.

Sólo se suspendía cada ocho ó diez minutos y por breves instantes el espectáculo para dar reposo á los fatigados *pelotaris*, comenzando de nuevo el combate con más coraje, con mayor fiereza, cual si se tratara de tomar por asalto á costa de la vida y sin reparar en las víctimas causadas, inexpugnable y bien defendida fortaleza.

El partido, que al principio fué muy competido, cambió repentinamente de aspecto y la victoria se declaró *enemiga nuestra*; animando á los que desde el comienzo de la función se creían irremisiblemente derrotados por las repetidas faltas de aquellos por quienes fijaran sus apuestas, no sólo á la par, sino hasta algunas con prima. Hubo, sin embargo, un momento de profunda expectación, cuando uno de los que tan brillantemente inauguraron la fiesta, haciendo un supremo esfuerzo, tomó el *saque* y con irresistible ímpetu, admiración y terror al propio tiempo de sus competidores, ganó varios *quince*s seguidos, restableciendo el juego, pues con sólo 32 tantos contra 40 de sus contrarios, llegó á alcanzar la misma cifra, con la ventaja además del saque.

Igualados de este modo, aun quedaban 10 tantos, pues el juego era á 50. Pero desde entonces el partido volvió á cambiar de aspecto, parecía que un genio maléfico detenía el brazo de aquellos cuya suerte iba decayendo con rapidez increíble. Cada golpe era una falta señalada en el marcador á favor de los afortunados; una alta á la cual siguieron grandes murmullos, otra baja que probó hasta qué punto estaban desconcertados; tres abiertas y cuatro no restadas, fueron la suma de sus descalabros. En cambio, dos magníficas *largas* del que hacía y sostenía el juego de atrás, fueron acogidas por la multitud con grandes aplausos y entusiasmo general.

El partido iba á terminar después de tantas oscilaciones. Sólo faltaba un tanto á los unos mientras á los otros seis. Se oían riñas, altercados y burrias, por si no jugaban con empuje, por si perdían con propósito deliberado, por si era una lucha desigual á causa de llevar dos *pelotaris* muchos días seguidos de partidos, mientras otro de ellos, acaso el mejor, se veía privado de un brazo, arma tan poderosa para tal género de luchas.

Ya no ofrecían las gradas tan risueño aspecto, pues junto al que reía y contaba ya seguro su dinero, estaba el que perdía monedas, y además llevaba un revolcón en su amor propio.

La última falta y con ella el número fatal, se ofreció ante la vista de la multitud, la cual, sin aguardar más, empezó á agitarse y desanimarse como hormiguero sorprendido por terrible huésped, corriendo, descolgándose de las gradas, enjugando los espectadores con sus pañuelos el sudor de sus frentes, vociferando, discutiendo aún y dirigiéndose los más aficionados á estrechar la mano ó mendigar una sonrisa de los héroes.

Únicamente en el brillo de la mirada podía adivinarse en éstos el triunfo, pues su paso era tan vacilante como el de los vencidos, sus rostros se veían igualmente desfigurados por el sudor, el polvo, la fatiga, y sus brazos sólo encontraban fuerza para apoyarse trabajosamente en el de sus parientes ó amigos.

Para los demás era la alegría y el orgullo de verse cerca de los célebres jugadores, puesto que no cambiaran en aquel momento por el más honorífico de la tierra. Los arrastraban de allí hacia las tabernas, las pastelerías, las casas particulares, disputándose todos la dicha de tenerlos bajo su techo, de obsequiarlos, atenderlos y agasajarlos como á reyes. Aquella alegría y algazara subía de punto al rededor de las mesas, con los vasos de sagardua en la mano, disputando aún sobre las peripecias del juego, sobre si uno de los diestros había perdido la *bolea* reemplazándola por una débil de medio brazo, por si otro no sabía *arrimar* ó había sido excesivo el número de *rasas* del partido. Se proyectaban otros nuevos en diversos puntos, se cruzaban muchas apuestas entre los de Azpeitia, Elgoibar, San Sebastián y Bilbao, y veíase á todos expansivos, excitados, más que por la sidra, por el frenesí de su afición.

Es verdaderamente asombroso que los vascongados, tan tranquilos en sus afectos, tan serios en sus negocios, tan impasibles por lo general, ofrezcan después de un partido de pelota tan distinto aspecto, ganando en entusiasmo y vehemencia al madrileño más *torero* ó al andaluz más impresionable.